

## 7. Working Paper: Gonzalo Sánchez, *Guerra, Memoria e Historia*

**Adrián Alzate García**

Motivado no sólo por un interés intelectual de vieja data, sino también por cierto ejercicio de autoanálisis en su calidad de testigo de buena parte de los procesos que constituyen su objeto de estudio, el historiador Gonzalo Sánchez se propone, en su trabajo *Guerra, Memoria e Historia*, llevar a cabo un balance de los principales problemas que, para el caso colombiano, plantea una cuestión particular que ha despertado gran interés en la historia reciente de occidente: la exacerbación de la memoria vinculada a la experiencia de la guerra. Con este fin, y bajo la idea central de que la guerra ha constituido un fenómeno de larga duración en la historia de Colombia, Sánchez se lanza a reconstruir las múltiples y complejas formas en las que estos tres fenómenos se han entrelazado durante más de un siglo en el país. Dicha reconstrucción tiene como referentes analíticos primordiales tres momentos que, por lo menos en el plano discursivo, tienden a conectarse como parte de un mismo problema, cuando no como parte de un mismo proceso: las guerras civiles del siglo XIX, el período de la Violencia y el actual conflicto interno; tres momentos que se abordan de manera desigual y de los cuales el segundo aparece como la principal fuente de explicaciones y ejemplos, tal vez por encontrarse allí el “trauma mayor” de la experiencia biográfica del autor.

El problema de la exacerbación de la memoria ligada a la guerra reviste para el caso colombiano ciertas particularidades que lo hacen singularmente complejo: mientras en otros países ha estado vinculado a la reconstrucción de experiencias ya consumadas, en Colombia aparece profundamente ligado a un estado de guerra que aún no se ha resuelto y que aparece como una constante a través de toda su historia republicana, constante que ha comprometido no sólo la estabilidad política del país sino también su viabilidad como nación, aspecto en el que las cuestiones asociadas a la memoria desempeñan un papel crucial. Estas consideraciones constituyen la base de la reflexión que Sánchez desarrolla a lo largo de su trabajo, orientada por cuatro preguntas básicas: qué rasgos de memoria han marcado nuestra historia nacional; cómo estos rasgos han sido representados y condicionan nuestro presente; cómo recomponer las memorias fragmentadas en una memoria nacional común y cómo enfrentar a partir de ellas el futuro (pp.18 y 19).

Dos consideraciones primordiales atraviesan la reflexión de Sánchez: de un lado, la necesidad de distinguir entre memoria e historia, de un lado; de otro, la importancia de contemplar las múltiples implicaciones que derivan de la tríada guerra – memoria – historia. La diferenciación entre historia y memoria tiene como puntos de partida la forma de relacionarse con el pasado, el grado de interés en la

construcción de un relato común y el carácter fijo o variable de sus elementos constitutivos. Así, mientras la primera trabaja con hechos fijos, establece una relación objetivadora y distante frente a lo acontecido y trata de diluir las experiencias particulares en una narración común, la segunda se soporta en elementos susceptibles de transformaciones y reactivaciones, posee una relación militante y afectiva con el pasado y promueve, antes que un relato común, la pluralidad de relatos y experiencias (pp.22 y 23). El entramado guerra – memoria – historia, por su parte, remite a la existencia de al menos tres dimensiones que confieren a esta tríada una complejidad particular: los procesos de construcción de identidad nacional, en primera instancia; la pluralidad de relatos, trayectorias y proyectos entretejida en una serie de relaciones de poder y subordinación, en segundo lugar y, por último, la existencia de huellas, símbolos y demás objetos y lugares de memoria (p.21). Identidad nacional, subordinación y exacerbación de experiencias, y circulación e instrumentalización de los rasgos de memoria, constituyen así tres ejes básicos de problematización de vital importancia para la reflexión del autor.

El análisis de Sánchez descompone estos ejes en una amplia gama de problemas que aparecen como temas claves de su reflexión. Un primer problema lo constituyen los efectos negativos de la guerra sobre la viabilidad del Estado y de la Nación, en el sentido de que todo conflicto de esta naturaleza trae consigo una fractura de la soberanía así como una eclosión de aspirantes al poder que pone en jaque las bases mismas del Estado Nación

(p.112), esto sin mencionar los habituales saldos de las numerosas guerras civiles decimonónicas que, en detrimento de un sentido de unidad nacional, intensificaron los nacionalismos, las filiaciones partidistas e incluso los separatismos (p.64). Un segundo problema remite a los efectos de la permanencia de la guerra sobre los estados de la memoria, que permanece en una constante reactivación ante un estado constante de guerra que parece encadenar las contiendas actuales con otras pasadas, tal y como lo evidencia la permanencia de la memoria del período de la Violencia como referente de significación en el conflicto actual (pp.77 y 78).

Un tercer problema, por su parte, guarda estrecha relación con la forma en que la permanencia de la guerra ha derivado en la constitución de una imagen de cultura de la violencia que, en términos de Sánchez, expresa una tendencia históricamente identificable, explicable y recurrente de la guerra, que ha llegado a fijarse como parte fundamental de la construcción del imaginario de la nación colombiana (p.33). Es precisamente en el campo de los imaginarios donde Sánchez delimita un último problema, referido a las relaciones entre memoria, identidad nacional y representación de la unidad social, donde se plantea que la memoria de la guerra, si bien se ha convertido en rasgo constitutivo de la identidad nacional, condiciona una fragmentación de los referentes de pertenencia a la Nación: la complejidad y la permanencia de la guerra en el caso colombiano hacen que la memoria que de ella deriva exprese, antes que una imagen de unidad, una representación de las fracturas sociales y los desgarramientos del tejido social (p.25).

La reflexión de Gonzalo Sánchez no se limita a la evaluación de estos problemas. Su interés por penetrar la complejidad de las relaciones entre la guerra y la memoria en la historia colombiana le lleva a formularse un amplio conjunto de preguntas que podrían agruparse, de manera sintética, en tres grandes cuestiones: en primer lugar, la interferencia de la memoria en los dominios de la historia; en segundo lugar, el balance entre memoria y olvido en el devenir de las guerras colombianas y, finalmente, las dificultades para nombrar los distintos procesos, actores y experiencias e incluirlos como parte de un mismo relato nacional. El primer punto surge de la necesidad de explicar por qué, en el caso colombiano, la memoria de la guerra parece mantener vivo el pasado en el presente al tiempo que impone sus formas y límites a la historia. Las huellas de la guerra, de acuerdo con el autor, han penetrado la vida política y social no sólo hasta el punto de condicionar de manera crucial las percepciones políticas, sino también hasta convertir la memoria de las guerras pasadas en recursos explicativos e interpretativos de las actuales, como si el reencuentro con el pasado fuera, al mismo tiempo, un panorama del presente (p.23).

La explicación del presente por el pasado no constituye, sin embargo, la única interferencia de la memoria en la historia. En su despliegue, tal explicación ha conducido a consolidar dos miradas sobre la historia nacional que abordan el tema de la guerra sobre visiones diferenciadas y excluyentes. Una, a la que el mismo Sánchez admite haber contribuido, tiende a exagerar el problema de la memoria del país como violencia, y sobredimensiona de paso la visión del presente como repetición del pasado. Otra, por oposición a la anterior, pone excesivo énfasis en la persistencia de espacios de civilidad y de consenso, sin dejar lugar alguno a la experiencia de la guerra y a su memoria. Las diferencias significativas entre ambas visiones, sumadas al carácter muchas veces deliberado y hasta militante de sus respectivas “exageraciones”, dificultan enormemente su integración en una sola narrativa nacional (pp.29-32). La posibilidad de construir un relato unificado de la historia colombiana queda, de esta manera, truncada. La irrupción de las cuestiones de la memoria en los dominios de la historia es reforzada aún más por el hecho de que la memoria de la guerra, con sus formas, objetos y contenidos, tiende a permanecer inalterable ante cualquier tipo de análisis, explicación o interpretación que desde la historia se intente aplicar a los fenómenos y procesos a los que ésta se encuentra asociada. Así, en palabras del autor, la representación simbólica de dichos procesos resulta imponiéndose sobre la discutida naturaleza de los mismos, con lo que la memoria termina dictándole sus límites a la historia (pp.50 y 51).

El punto relacionado con el balance entre la memoria y el olvido en el devenir de las guerras colombianas, representa un aspecto central en la explicación del papel que juega la memoria como parte constituyente del fenómeno de la permanencia de la guerra. De acuerdo con Sánchez, la experiencia de la guerra en Colombia ha estado marcada, más que por un esfuerzo conjunto de reconstruir una memoria de lo sucedido, por una pauta de olvido que se le impone a los derrotados, a sus experiencias, sus trayectorias y sus proyectos (pp.83-84; 88-90). El hecho de que las reconstrucciones de memoria estén sujetas al desenlace de relaciones de poder, hace que las memorias subordinadas permanezcan sin resolver y sean susceptibles de eventuales reactivaciones. Y son estas

reactivaciones las que hacen aparecer cada nueva guerra como una derivación de la anterior, a través de una articulación discursiva donde las memorias sepultadas de las confrontaciones pasadas reaparecen para dotar de significado, justificación y legitimidad a la actual (p.78). Se trata, una vez más, de la irrupción del pasado en el presente.

La imposición de pautas de olvido no agota el problema de las memorias irresueltas. Éste, de hecho, se torna mucho más complejo a la luz de la consideración de que las formas de memoria desarrolladas por los protagonistas y víctimas de una guerra guardan una estrecha relación con la forma en que ésta se termine (p.53). La historia colombiana,

plagada de guerras sin resolver, deja las memorias suspendidas, en detrimento de la articulación de un horizonte de expectativas a partir del cual se pueda innovar el futuro (p.55). Fruto de las guerras inconclusas, las memorias sin resolver se convierten, no sólo en desencadenantes discursivos de nuevas confrontaciones, sino también en un fuerte obstáculo para el establecimiento de una direccionalidad histórica: al paralizar el presente con su visión del eterno retorno de lo mismo, y al dotar a la guerra de una omnipresencia tal que impone una visión de inmovilidad histórica en la que poco o nada cambia (p.98), terminan por neutralizar la idea misma de progreso.

El tercer y último problema, referido a las dificultades existentes tanto para nombrar los distintos procesos, actores y experiencias de las guerras como para incluirlos en un mismo relato, remite a la proliferación sistemática de actores, experiencias, expectativas, memorias y conflictos dentro de cada conflicto global (p.65). Tal proliferación, señala Sánchez, complejiza enormemente la identificación de los actores –un proceso que por sí solo involucra toda una disputa en el plano de los discursos- así como la definición, separación y valoración de los procesos, en una multiplicidad de fenómenos y conflictos entrelazados que conduce al autor a plantear que cada experiencia bélica en la historia de Colombia, más que una guerra, constituyó un entramado de múltiples disputas y confrontaciones. Esta complicada heterogeneidad es especialmente notoria en el conflicto actual, caracterizado primordialmente por la indefinición: de los actores, de los conflictos y los intereses en juego y hasta de los mismos espacios de la guerra (pp.71, 75 y 101). La multiplicidad de experiencias que de aquí resulta dificulta enormemente la articulación de las memorias particulares en una memoria común, una memoria acumulada de corte propiamente nacional (p.67). Tal dificultad hace que lo que se tenga en este momento en Colombia no sea una memoria conjunta que, ante el trauma de la guerra, funcione como un instrumento de reconstrucción de la unidad social (p.96), sino más bien una memoria fragmentada que, en términos de Sánchez, impide tanto la recomposición nacional como la superación de la guerra. Ante esta situación, sólo queda restaurar las memorias fracturadas, recuperar nuestra perturbada memoria nacional (p.99). Y para ello, poner fin al estado de guerra, más que a la guerra en sí, se revela como una condición *sine qua non*.

## **Bibliografía**

SÁNCHEZ, Gonzalo. Guerras, memoria e historia. Segunda edición. La Carreta Editores – IEPRI. Medellín, 2006.